Escrito por JUAN MANUEL QUERO MORENO
Miércoles, 28 de Octubre de 2015 00:00

Fortaleza de Coburgo, Baviera

(JUAN MANUEL QUERO , 28/10/2015) | La Rosa de Lutero, que data del 1530, es un símbolo que suele ser aceptado como tal por todas las iglesias luteranas del mundo. El diseño se debe a Lutero mismo. La historia nos dice que fue en la fortaleza de Coburgo en Baviera, uno de los castillos más grandes de Alemania, y lugar donde Lutero escribiría ensayos sobre la Reforma, y parte de su traducción de la Biblia al alemán.

Este distintivo estaría lleno de significados teológicos. Su amigo Lazarus Spengler, epígono de Lutero y uno de los adalides dela Reforma Protestante, plasmaría como boceto dicho símbolo. Esta singular flor comprende cinco elementos: una cruz negra, el corazón rojo, cinco pétalos blancos, un fondo azul y un anillo dorado en el exterior.

La cruz negra, que habla de muerte, contrasta con un corazón rojo que nos habla de vida. Lo negro queda en la cruz, y hay vida para todo aquel que cree, «porque el justo por la fe vivirá. Jesús está en el centro de la vida, y en él, todas las cosas tienen sentido, como se puede observar en la simetría de la simbología. Los pétalos blancos nos hablan de esa nueva vida llena de gozo y de paz, color con el que se describe a los ángeles, pero también a los mismos creyentes que han experimentado esa transformación, ese nuevo nacimiento en Cristo. El fondo azul evoca al cielo, como esperanza de lo que está por venir; ya que, ahora vivimos lo que tan solo es una señal, de lo que vendrá después de esta vida. La perfección y la magnificencia de lo que tenemos reservado es mucho más elevado de lo que podemos

imaginar, y el oro que circunscribe todo esto, como anillo áureo nos recuerda esto.

Para muchos esta sería una rosa extraña, un olor fragante y deseado, en un jardín donde hacía tiempo que la fragancia floral se había perdido por la corrupción y el tiznado legado del Medievo. El gran descubrimiento del monje agustino, Lutero, fue la justificación por la fe. La fe ni se podía comprar, ni se podía vender; no podía ser monopolio de ningún grupo religioso, por muchas normas y buenas obras que se cumplieran.

Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios

por medio de nuestro Señor Jesucristo, por quien también tenemos entrada

por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes,

y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios

(Romanos 5:1, 2).

Aunque quién escribe no sea luterano, lo cierto es que no se puede dejar de constatar la importancia que tendrían las enseñanzas de Lutero en el transcurso de la Reforma. Actualmente, no solamente los luteranos resaltan al ínclito protagonista del protestantismo, pues para todos es un magnífico referente. Sus enseñanzas, en tanto en cuanto, ponen la Palabra de Dios como máxima para la vida de cada creyente, siguen siendo vigentes.

El símbolo iconográfico de esa Rosa de Lutero, con sus esquemáticas enseñanzas, ha de seguir siendo

El símbolo iconográfico de esa Rosa de Lutero, con sus esquemáticas enseñanzas, ha de

seguir siendo representado y expuesto. La cruz, en cuanto a la obra de Cristo, tiene que seguir estando en el centro del corazón de las personas. Nuestra vida y nuestro mensaje no pueden tener como centro en prioridades e importancia, a nadie más que a Cristo. Es por esto que un denominador común para todo el pueblo evangélico es el mensaje y la vida «cristocéntrica». No es la religión, ni la iglesia, ni ninguna otra institución humana la que debe ocupar este lugar y, cuando lo hace, está usurpando el lugar de Cristo.

Un postulado fundamental para los creyentes evangélicos, es que «no hay otro mediador entre Dios y los hombres» para ser salvos (1ª Timoteo 2:5; Hechos 4:12). El hombre no puede ganar la salvación por sus buenos actos u obras, pues es Cristo quien la ganó para nosotros en la cruz; de manera que solamente por la fe puesta en él, podamos recibirla como un don; un regalo que transforma nuestras vidas. Sólo Cristo puede justificarnos, sin más añadiduras. Su justificación es suficiente.

Esto fue una columna fundamental para mantener la Reforma y para que fuese extendida por todo el mundo. Esta premisa supone la salvaguardia de la fe, de manera que los manipuladores, y aquellos que puedan pretender ser los vicarios de Cristo, puedan ser descalificados y denunciados por el mismo Evangelio. Dios no es el que colabora con el hombre para realizar las políticas sociales o religiosas que quiera cada uno; es el hombre quien ha de colaborar con Dios, para realizar sus proyectos en la tierra. Su guía está en las enseñanzas de Cristo que contiene la Biblia. No es la institución humana, ni el hombre mismo, el que tiene poder para salvar, mediar o añadir algo más a la obra de Cristo. Como creyentes hemos de procurar guiar nuestras propias vidas y las de nuestro prójimo a los pies de Cristo, quien salva, y el que da sentido a nuestra razón existencial por toda una eternidad.

La Rosa de Lutero, en realidad, debería ser la representación de cada creyente, sabiendo que nuestro olor ha de exhalar la fragancia de Cristo en nuestras vidas. Sin Cristo la fragancia de nuestras vidas, por muy religiosos que seamos, por muy buenas obras que realicemos, no será más que una fragancia a cirio, a ritos, a inciensos o a fórmulas y preceptos que esclavizan, y cargan de pena, pero que no lo liberan. Cristo, nos hizo libres en él, por lo que la vida tiene ya una dimensión que es totalmente diferente, marcando claramente, la diferencia que existe entre una religión y una relación con Dios.